Muchas gracias a ADELA, la Asociación de Esclerosis Lateral Amiotrófica, y en particular a Piero Cattarini (y me alegra compartir el estrado con la rana, símbolo de tu hermano Rafa), por invitarme esta noche a que os dirija unas palabras, aunque no sé qué hago aquí en una reunión de jóvenes. No tengo más que dos características que me unan a los jóvenes. Por un lado, tengo cuenta en Twitter. Y, por otro lado, hace más de cuarenta años que soy profesor, es decir, estoy siempre con estudiantes, que son unos jóvenes muy peculiares porque todos los años…¡tienen la misma edad!

Pero ya que me habéis invitado, y estoy aquí, me gustaría aprovechar para hablaros unos minutos de la ELA y el asunto al que más he dirigido mi atención durante varias décadas: el problema de la libertad humana.

Y lo haré desde dos puntos de vista. Primero, desde la propia enfermedad que, como me apuntó Piero, es la más devastadora para la libertad, porque te deja inerte.

Ahora bien, no te impide pensar: inmoviliza tu cuerpo, no tu mente, como pude comprobar, Piero, con tu hermano Rafa en vuestra casa; en esa época Rafa apenas movía los párpados. Sólo se comunicaba a través de ese movimiento, que a los demás nos resulta obvio e insignificante, y desde luego no concebimos que puedan ser utilizados para “hablar”. Pero no estaba incomunicado ni con la realidad ni por supuesto conmigo, como pude comprobar porque me hizo preguntas, bien interesantes, sobre importantes problemas económicos que estaban entonces a la orden del día. Y siguen estando…

Si ante la adversidad de la enfermedad lo que corresponde es la resistencia, a todos los niveles, y sobre esto diré algo en seguida, me gustaría ahora subrayar que esta enfermedad tan terriblemente hostil a la libertad de nuestro cuerpo contrasta con la invasión del Estado hacia nuestra libertad, porque es una invasión que procura inmovilizarnos mentalmente, sobre todo mentalmente, para que desactivemos los impulsos naturales que todos tenemos hacia la libertad, y los ocluyamos con los otros impulsos, que también tenemos y que el Estado procura fomentar, como el impulso a apreciar más la política que la sociedad civil, el impulso a aprovecharnos de los demás, a quitarles lo que es suyo, a mentir, a ser individualistas y antisociales, el impulso a aceptar nuestra suerte, a resignarnos ante los poderosos, y a obedecer al que manda en vez de a asumir nuestras propias responsabilidades.

Dejarme ahora que pase a la ELA desde el segundo punto de vista, precisamente, el ámbito de la sociedad civil, es decir, el ámbito donde estamos esta noche. Una y otra vez, y desde prácticamente todas las perspectivas políticas, se nos asegura que no podemos ni debemos ser libres, porque si somos libres no seríamos nunca capaces de organizarnos, por ejemplo, para sobrellevar las adversidades más crueles, y ayudar a quienes las sufren, como esta enfermedad. Sin embargo, la propia ADELA, todas sus iniciativas, incluida esta preciosa fiesta, es el testimonio más claro de que sabemos y podemos resistir ante estos mensajes antiliberales. La sociedad civil no necesita de la política salvo, eso sí, para algo muy importante, que nuestras autoridades jamás tienen en consideración: que nos dejen en paz.

Vista la enorme intrusión del poder en todas las dimensiones de nuestra vida (¡y nos dicen que vivimos en una sociedad liberal!), es inevitable recordar la famosa predicción de Tocqueville sobre el Estado democrático: hace casi 200 años anticipó que encarnaría el peor paternalismo, porque sería como un padre que no cuida a sus hijos para que crezcan sino precisamente para lo contrario: para que no crezcan y dependan siempre de su vigilancia y su control.

En fin, termino ya, porque no sé qué más deciros y tampoco sé, como os apunté al principio, qué hago yo aquí en esta fiesta de jóvenes y para jóvenes. Bueno, igual queréis que cante, como homenaje a ADELA: “si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar…”.

Muchas gracias.